

Interpretación mítica del firmamento: de Cicerón a San Isidoro de Sevilla

J.A. GONZÁLEZ MARRERO y C. REAL TORRES
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Desde la más remota antigüedad, el cielo llamó la atención de los hombres, incapaces de comprender el significado de las luces centelleantes que aparecían cada noche en él. Los astrólogos quisieron ver en ellas una estrecha relación con la vida humana: las reunieron en grupos imaginarios y las clasificaron como constelaciones, adjudicándoles los nombres de sus dioses, héroes y animales de fábula. Así nacieron las constelaciones del Cisne, del Escorpión, del Cangrejo, etc. Más tarde, los griegos bautizaron algunas con los nombres de sus héroes mitológicos, como Hércules, Andrómeda u Orión.

A través de los textos latinos, que van desde Cicerón hasta Isidoro de Sevilla, pretendemos establecer la relación existente entre el mito y los nombres de las constelaciones.

Palabras clave: Astrología. Astrología. Mitología. Onomástica.

SUMMARY

From the far-distant past, the sky called the attention of men, who werew incapable of understanding the meaning of the twinkling lights that appeared in it every night. Astrologists wanted to establish a close relation between them and human life: they distributed them in imaginary groups and classified them as constellations, assigning them the names of gods, heroes and fable animals. Thus, the constellations of the Swan, of the Scorpion, of the Crab, ..., originated. Later, the Greeks named some of them with names of his mythological heroes, such as Hercules, Andromeda or Orion.

Through the analysis of Latin texts, that cover from Cicero to Isidore de Sevilla, we aim at establishing the relation existing between the myth and the name of constellations.

Keywords: Astrology. Mythology. Onomastics

*«No en vano observamos las constelaciones,
su nacimiento y su ocaso,
no en vano las cuatro estaciones que dividen el año.
Enseñadme a conocer los caminos
de las estrellas en el cielo,
los eclipses de Sol y las fases de la Luna».*

(Virgilio, *Geórgicas*)

0. En la actualidad, Astronomía y Astrología designan para el mundo occidental dos conceptos antagónicos. Sin embargo, la unión íntima de estos dos conceptos es un hecho histórico, pues sólo a partir de Séneca (*Epist.* 95,10) se encuentra acuñado el término *astronomía*. La diferencia fundamental radica en la finalidad de las predicciones: mientras la astronomía predice para modificar el devenir de los acontecimientos, la astrología es una forma de ver las relaciones entre el hombre y el cosmos. Algunos investigadores consideran esta ciencia como una manifestación religiosa, mientras que otros piensan que es simplemente una forma de adivinación. De cualquier manera, la astrología ha tenido en distintas épocas un extraordinario auge y aún en la actualidad, después de haber pasado por los siglos de las luces y del positivismo, continúa teniendo cultivadores y adeptos¹.

1. Astrología y Astronomía en el mundo clásico

Los primeros documentos específicamente astrológicos que conocemos son de origen sumerio y pertenecen al s.VII a.C. Estos conocimientos, iniciados en

¹ W. Hübner (1983:1): «L'astrologie es l'une des quelques doctrines religieuses de l'antiquité qui survivent encore aujourd'hui. Avec une continuité remarquable, elle s'est conservée à travers les siècles, tout autant que par exemple la mythologie grecque ou bien même le chistianisme».

Mesopotamia, se transmiten a través de Egipto a la Grecia helenística y desde allí a Roma. En todas estas regiones el interés primordial estuvo siempre en torno a los círculos del poder, ya que a menudo los jefes de estado se apoyaban en el determinismo de los astros para tomar decisiones y ejercer su autoridad (Manil., 4,24-38)². Sin embargo, para los habitantes del viejo mundo mesopotámico del año 8000 a.C. la influencia de los astros debió tener una enorme y misteriosa significación. El cielo, el *mirar hacia arriba* en busca de ayuda se convirtió pronto en la idea de un ser superior, la divinidad, todo un cortejo de dioses, tan distantes y tan cercanos como el destello de la estrella que se apaga y que alumbraba el destino de los hombres. Los planetas, al igual que el Sol y La Luna, simbolizaban dioses y a cada divinidad se le atribuyeron poderes individuales sobre una faceta particular de la experiencia humana.

En lo que al mundo latino se refiere, siempre se ha dicho que los romanos no se interesaron por la astronomía desde el punto de vista científico, ya que no hicieron ningún descubrimiento en este campo y sus escasas aportaciones dependen directamente de las fuentes griegas. Pero tampoco se puede afirmar que permanecieran indiferentes a este tema que ocupó un lugar importante tanto en su literatura como en la vida cotidiana. En la Roma imperial los astrólogos se pusieron de moda; así, por ejemplo, el emperador Augusto, que según Suetonio (VC Aug.94.12) había nacido bajo el signo de Capricornio, publicó su horóscopo revelando la fecha de su muerte e hizo acuñar monedas de plata con la representación de su signo.

Podemos decir que no existe entre los romanos una separación clara entre especialistas y profanos en esta materia que jamás se ejerció como profesión y sobre la que nunca llegó a escribirse ningún manual. No obstante, es posible establecer una distinción entre los textos que tratan en particular la cosmografía y aquéllos que ofrecen alusiones o comentarios sobre el tema astrológico. Entre las fuentes romanas más importantes podemos destacar las traducciones y comentarios que se hicieron de los *Fenómenos* de Arato y de los *Catasterismos* de Eratóstenes, las dos obras griegas que mayor influencia ejercieron en los autores latinos³.

Dedicados a la teología astral hallamos en el s.I a.C. los *Disciplinarum libri* de Varrón, en los que se analiza la incidencia de los astros en la vida

² Cf. Cramer (1954).

³ Anteriores a estos autores se han conservado fragmentos pertenecientes a Serapión, Hermes Trimegisto, Orgeo, etc., algunos de los cuales han sido editados en el *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum*, 12 vols., Bruselas.

terrestre y humana. Desde una perspectiva distinta, la de la física epicúrea, Lucrecio en *De rerum natura* aborda cuestiones tales como la descripción del mundo, la naturaleza y el movimiento de los cuerpos celestes. Cicerón inagura una concepción diferente que abarcará los primeros siglos de nuestra era: además de ser el primer traductor latino de la obra de Arato, compuso dos obras en las que el tema astronómico ocupa una parte significativa, el *Somnium Scipionis* y *De Divinatione*, haciendo en esta última un ataque directo a la astrología supersticiosa. La obra de Virgilio refleja una curiosidad inabarcable por el sentido del hombre en la tierra; sus *Geórgicas* reflejan estas preocupaciones por el mundo sideral y a su influencia sobre la vida de los animales y los hombres. Sin embargo, tenemos que llegar a la figura de Ovidio para encontrar en sus *Metamorfosis* y en los *Fastos* una recopilación exhaustiva de las mejores tradiciones de leyendas relacionadas con las constelaciones y el mundo celestial. Julio César Germánico (s.I a.C.- I d.C.), padre de Calígula, escribe un poema titulado *Phaenomena*, que no es más que una adaptación de la obra de Arato, pero cuya influencia perdurará durante toda la Edad Media y el Renacimiento. Tras Germánico, se abre una época consagrada a la mitología de los astros que continúa hasta el siglo VII con San Isidoro de Sevilla. Higino (s.III d.C.) pone de relieve en su *De Astronomia* la importancia cósmica del nombre, el número y la posición de las estrellas. El primero en exponer las doctrinas astrológicas con una terminología ya fijada fue Manilio, que compone en cinco libros sus *Astronomica*, un poema que tuvo gran repercusión en los autores posteriores, perdurando también hasta la Edad Media y el Renacimiento. Tras él, Columela (R.R. XI,2) nos brinda un calendario astro-agrícola. Vitruvio consideraba indispensable para el arquitecto el conocimiento de la astronomía (I,1,3 & 10) y para ello indica en el libro IX de su *De Architectura* el lugar que le corresponde a la astronomía dentro de este arte. Pero tal vez sea Plinio el Viejo el que relata con más claridad la visión del universo y la teoría de los movimientos planetarios. En el Libro II de su enciclopedia justifica su análisis de los fenómenos astronómicos presentándolos en estrecha relación con la astrología a partir de la influencia de los astros y los planetas en los asuntos humanos. Con ello Plinio marca una nueva etapa en la historia del vocabulario astronómico latino. Séneca nos habla de los cometas en el libro VII de sus *Naturales Quaestiones* y poco después Apuleyo adapta al latín un *De Mundo*. En el siglo III de nuestra era sale a la luz *De die natali* de Censorino, una obra que trata de cuestiones científicas, astrológicas y religiosas. Un siglo más tarde, con una nueva adaptación de los *Fenómenos de Arato*, el *Matheseos libri VIII* de Firmico Materno, la ciencia se ve reducida

sustancialmente a la astrología y a la adivinación. Entre los siglos IV y V aparecen los poemas de Ausonio y Claudiano, las *Res gestae* de Amiano Marcelino y la curiosa enciclopedia de Marciano Capela, *De nuptiis Mercurii et Philologiae*. Esta última obra cierra el mundo clásico y abre el camino a los compendios medievales, poniendo al alcance de la escuela los conocimientos astronómicos como disciplina del *quadriuium*. Finalmente, este breve recorrido por los autores latinos concluye con San Isidoro de Sevilla, cuyas obras *De Natura rerum* y *Origines* (3,24-71) ofrecen un material abundante y variado, digno de estudio.

Isidoro servirá para centrar nuestro trabajo, puesto que nos ayuda a crear una opinión a posteriori, es decir, a partir de una perspectiva consumada (la que ofrece la época medieval heredera y, en consecuencia, recogedora de todo lo anterior). Sin embargo, tendremos muy presentes las teorías que Cicerón trasladó desde el mundo griego, puesto que, a pesar de no ser precisamente un autor técnico (los pasajes en los que describe el cielo son principalmente los contenidos en su obra *De natura deorum* II), poseía conocimientos precisos de los antiguos, inseparables, si se quiere, de su formación filosófica. Como enlace entre el principio teórico que marca Cicerón como continuador de una tradición y el final del trabajo que constituye Isidoro como apertura del Medioevo al mundo científico (Fontaine, 1953: 271), nos sirven de marco referencial Ovidio (*Fasti* y *Metamorphoses*), Higino (libro II) y Manilio (II,25-36), por ser los autores que con más profundidad han dedicado sus obras a la interpretación mítica de los astros y, en particular, de las constelaciones.

Isidoro recoge la amplia tradición de los mitos clásicos en una época en que ya podemos apreciar el cambio de mentalidades o, mejor dicho, de perspectiva a la hora de explicar ciertos fenómenos naturales. En sus *Origines* nos ofrece una descripción del espacio sideral que contrasta con las de los autores clásicos por ser más «científica»: por ejemplo, mientras que Isidoro describe la *Vía Láctea* (orig., 3,46) como el camino por el que pasa el sol en su recorrido por la esfera celeste, un autor como Manilio nos dice que «del blanco pecho de la reina de los dioses fluyó un chorro de leche, tiñendo con su color el cielo; por esa razón es llamado Vía Láctea» (1,751-754). Este círculo celeste, que constituye la galaxia mejor conocida de todo el universo, reúne en su interior unos 2.000 millones de estrellas, entre ellas el Sol, y tiene la forma de un disco aplanado con un diámetro de 100.000 años luz. Es cierto que desde los tiempos más antiguos esta galaxia ha despertado la curiosidad de los hombres. Los aztecas creían que se trataba de un camino de agua, un río caudaloso por el que navegaba el

dios Tezcatlipoca. Sin embargo, fueron los griegos quienes dieron el nombre a esa banda brumosa de luces que atraviesa el cielo en las noches oscuras y despejadas, dando lugar a una leyenda que heredaron los romanos junto con todo el bagaje cultural heleno⁴. La versión más conocida del mito narra cómo el dios Mercurio se las ingenia para conseguir poner a Hércules en el pecho de Juno, mientras que ésta estaba dormida, para asegurarle con este alimento futuros honores divinos; pero la diosa, al darse cuenta, lo aparta violentamente derramando algunas gotas de leche que formarán la Vía Láctea. Durante la Edad Media la galaxia recibió el nombre de Camino de Santiago, al interpretarse la gran nube como la polvareda que levantaban los peregrinos en ruta hacia el sepulcro del Apóstol.

La actitud de Isidoro con respecto a esta especie de concepción «mitológica» del universo es similar a la de otros padres de la Iglesia que critican la base poco científica de esta doctrina, llegando a decir, por ejemplo: «Es digna de admiración la insensatez de los gentiles, que no sólo trasladaron al cielo peces, sino, además, carneros, machos cabríos, toros, osas, perros, cangrejos y escorpiones. E incluso al águila y al cisne los incluyeron también entre las constelaciones en recuerdo de Júpiter...» (orig., 3,32)⁵. En este sentido, el mayor logro del cristianismo fue la liberación del destino astral: «Estamos por encima del Destino» escribe Taciano (*ad Graecos*, 9)⁶. No obstante, pese a la oposición de la Iglesia, las teorías de las influencias astrales sobre el destino humano y sobre los acontecimientos históricos fueron acogidas por algunos escritores eclesiásticos como Clemente de Alejandría, Minucio Félix, Arnobio, etc., prolongándose hasta el siglo XVII el conflicto entre estas dos concepciones fundamentales. Por su parte, los catasterismos o leyendas estelares son un tema particularmente desarrollado dentro la literatura astronómica: detrás de cada constelación descubrimos un conjunto de fábulas que narran la conversión de un personaje, real o mitológico, en constelación, la cual por su nombre, forma y cualidades seguía asociándose al mismo personaje en cuestión (Ruiz de Elvira, 1975:470). Pero la principal función de estas imágenes fabulosas que se dibujan en nuestro cielo era la de servir de guía a los viajeros, especialmente a los navegantes, y también la de ayudar a predecir el tiempo, algo muy útil para los agricultores y campesinos⁷.

⁴ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,286 [*lacteus orbis*]; Macrobio, *coment. in somn. Scip.*, I,15.

⁵ *Id.*, 3,22 y 3,37-39. Cf. Plin., 2,3.

⁶ Cf. Agust., *civ. dei*, 12, 10-13.

⁷ Isid., *orig.*, 3,4 ss.; Manil., 1,295-304.

En cuanto a los nombres de las constelaciones, la mayoría son de origen árabe, habiendo sido introducidos en Europa durante la Edad Media a través de España. No obstante, un cierto número de nombres de estrellas procede de los griegos y de los romanos y hoy en día las constelaciones, aunque no mantienen su antigua disposición, conservan los viejos nombres tradicionales. Así, por ejemplo, el nombre de *Sirius*, la estrella más brillante del firmamento, deriva de la palabra griega que significa centelleante o resplandeciente; por su parte, el nombre de otra estrella brillante, *Antares*, por su intenso color rojo significa «rival de Marte», el planeta rojo por excelencia.

Por otro lado, los apelativos que reciben las constelaciones y los signos es un campo que ofrece una gran cantidad de material etimológico, pues, en mayor o en menor medida, la etiología de los fenómenos astrales fue siempre un tema de gran interés para los mitógrafos, astrólogos y filósofos, especialmente los de época helenística⁸. Desde el punto de vista lingüístico, el origen de estos nombres ha sido objeto de estudio para algunos investigadores como G. Thiele (1898), quien demostró que en su mayoría eran de origen semítico, o A. Le Boeuffle, que en los últimos años ha dedicado varias obras al estudio del vocabulario astronómico latino⁹. Cualquier trabajo en este campo no puede realizarse sin acudir al griego y, a su vez, sin remontarse a los babilonios y egipcios, a quienes los griegos deben la mayor parte de su vocabulario científico. Pero no sólo hay que tener en cuenta los *mecanismos lingüísticos*; también la *mitología* juega un papel primordial en este tipo de estudios. A imitación de los babilonios, los griegos atribuyeron un nombre divino a cada uno de los cinco planetas conocidos, junto con el Sol y la Luna, recibiendo éstos los epítetos habitualmente consagrados a la divinidad. Más tarde, los romanos simplemente los tradujeron y adaptaron, empleando el mismo procedimiento en la designación de los signos y de las constelaciones.

2. La onomástica celeste

Por regla general, es la forma o figura que dibujan las constelaciones en el firmamento lo que determina las distintas denominaciones: divididas en cinco

⁸ Burnett (1996:372-78); Fontaine (1979:518); Grant (1996); Magallón (1996:330).

⁹ Después de su tesis sobre *Le vocabulaire latin de l'astronomie* (Université de Lille, 1970), A. Le Boeuffle publica en 1977 un estudio específico sobre los nombres de los astros y de las constelaciones, completado más tarde con la publicación de un léxico latino (1987) que constituye una práctica guía de consulta.

grandes grupos, las más numerosas son aquéllas cuyo nombre se identifica con un animal fabuloso, como es el caso de las constelaciones de *Draco*, *Centaurus*, *Pegasus*, *Serpens*, etc., o bien con un animal asociado a una divinidad o a un héroe, como p. ej. *Taurus*, *Cygnus*, *Leo*, etc. La constelación de *Draco*, el Dragón, símbolo ambivalente del mal o del bien, representa las fuerzas misteriosas que el hombre debe afrontar. Como encarnación de Satán es vencido por Cristo, por San Miguel o San Jorge según recoge la Biblia (*Apocalipsis*, XIII, 1 ss.). A menudo se confunde con el guardián de las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, al que dio muerte Hércules¹⁰. Vencedor y vencido se encuentran cercanos en el cielo. Hércules, el héroe griego que llevó a cabo los famosos doce trabajos bajo las órdenes de Euristeo, rey de Micenas, constituye la quinta constelación más grande del firmamento. En los mapas antiguos Hércules se representa como un hombre con una rodilla flexionada blandiendo un bastón. Un pie, indicado por *Iota (i) Herculis*, descansa sobre la cabeza del Dragón. Para los antiguos griegos la constelación de Hércules era simplemente el Hombre Arrodillado, «del cual nadie sabe el nombre ni tampoco lo que está haciendo», como escribió el poeta griego Arato en el siglo III a.C. El hecho de que los griegos no lo reconociesen hace pensar que heredaron esta figura de una civilización anterior, probablemente de los babilonios de Oriente Medio, y que la identificación con Hércules fue posterior (Manil., 1,315 ss.). Su dibujo está invertido en el cielo: la cabeza está situada al sur de la constelación, donde se halla *Alpha (α) Herculis* o, como se la conoce popularmente, Ras Algethi, que en árabe significa la cabeza del arrodillado. En el mes de junio este héroe se enfrenta con *Ophiuchus*, que se identifica con el dios griego de la medicina, Asclepio (lat. *Aesculapius*). Su dibujo representa la figura de un hombre entrelazado con una serpiente, ya que este animal era el símbolo del dios. Por tanto, en el cielo *Ophiuchus* está estrechamente ligado a la constelación de *Serpens*, la Serpiente, a la que separa en dos partes, siendo éste un caso único entre las constelaciones. Así, la *Serpens Caput* o Cabeza de Serpiente se encuentra en un extremo de *Ophiuchus*, mientras que la *Serpens Cauda* o Cola de Serpiente se halla en el otro lado¹¹. Otro de los seres fabulosos está representado en la constelación de *Pegasus*, el Caballo, que se denomina así sólo a partir de época imperial, nombre que se ha conservado en la astronomía moderna; anteriormente se le llamaba simplemente *Equus*. *Pegasus* representa el caballo alado que nació de la san-

¹⁰ Cf. Hes., *teog.*, 333 ss.; Verg., *aen.*, 4,484. Hyg., *fab.*, pr. 39,5.

¹¹ Cf. Verg., *Aen.*, 7,658. Hyg., *fab.*, pr. 39,4; Manil., 1,331-336.

gre de Medusa cuando fue decapitada por Perseo. (Hyg., fab., pr. 40,1). A pesar de ser la séptima constelación más grande, en el cielo sólo está dibujada la parte anterior del caballo. A veces se identifica con el caballo de Perseo, aunque fue otro héroe, Belerofonte, el que lo montó (Manil., 1,348-350). En cuanto a su forma, aparece representado patas arriba: cuatro estrellas que forman el Gran Cuadro marcan su cuerpo; la línea de estrellas encabezada por *Epsilon* (ϵ) *Pegasi* indica su cuello y su cabeza; por último, las dos líneas de estrellas casi paralelas que parten de un extremo de su cuerpo marcan sus patas delanteras. A diferencia de estos grupos estelares, la constelación de Monoceros, el Unicornio, fue descubierta en el s.XVII. Esta imagen nos recuerda al Centauro Quirón que se encuentra entre las constelaciones por haber sido el preceptor de Apolo, Esculapio, Aquiles y Jasón, entre otros¹². Quirón, habiendo sido herido por Hércules y no consiguiendo recuperarse de su herida, reclama a los dioses su muerte. Prometeo se la cambia por su inmortalidad (Hyg., fab., 31,5,2).

En cuanto a la asociación «animal-héroe», la constelación de Leo se ha identificado con el león de Nemea que mató Hércules en uno de sus doce trabajos, cuya bravura conmemora tradicionalmente esta constelación¹³. La cabeza está representada por seis estrellas en forma de lúnula, como un signo de interrogación, en cuya base se halla *Alpha* (α) *Leonis*, conocida popularmente como Regulus, la estrella más brillante de Leo, que significa pequeño rey. La melena del león está marcada por la segunda estrella más brillante, *Gamma* (γ) *Leonis*, también conocida como Algieba, en árabe «melena de león». En la cola se encuentra *Beta* (β) *Leonis*, una estrella blanca llamada también Denebola o «cola de león».

Otra serie de constelaciones están asociadas a una divinidad concreta. Así, del mar surge la figura del Delfín, que alude a la forma que adoptó Neptuno, o bien al mensajero que éste envió para descubrir el escondite de su amada Anftrite (Manil., 1,347-348). Los griegos creían que los delfines daban suerte a los marineros. No olvidemos que a comienzos de nuestra era el pez fue el símbolo de la nueva religión proveniente de Palestina, el cristianismo. Las constelaciones de *Canis Maior* y *Canis Minor* representan dos perros que van pisando los talones de Orión (Manil., 395 ss.). El Can Mayor contiene una multitud de estrellas brillantes, de las cuales Sirius es la más importante. Su nombre griego significa resplandeciente o abrasador, ya que se creía que esta

¹² Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,203; 34,207; 34,410. Isis., *orig.*, 3,36.

¹³ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,263; Hor., *carm.*, 3,29,19; Verg., *Aen.*, 7,669. Hyg., *fab.*, 30; Isid., *orig.*, 3,27.

estrella era una importante fuente de calor. Desde la Antigüedad se atribuían los calurosos «días de perro» durante el verano a la estrella del Can, cuando ésta se encontraba más cerca del sol. Por ejemplo, Hesíodo, uno de los primeros poetas griegos, nos habla de «cabezas y miembros deshidratados por Sirius»¹⁴. Debido a la gran brillantez de Sirius, su paso anual por el firmamento era utilizado como una marca del calendario desde los antiguos egipcios. Una de las estrellas de menor magnitud que se agrupan en torno a Sirius recibe el apodo de *El Cachorro* (Cf. Hor., *carm.*, 3,13,9). En relación con Mercurio hallamos bajo la figura del cangrejo la constelación de Cáncer, en cuyo centro se encuentra un cúmulo de estrellas denominado Colmena, que antiguamente se conocía con el nombre de *Praesepe*, el Pesebre. Este cúmulo está flanqueado por dos estrellas, llamadas los Asnos, que por su posición parecen estar comiendo en el Pesebre. Según Isidoro «El nombre de Cáncer (Cangrejo) se debe a que, cuando el sol, en el mes de junio, llega a este signo, comienza a retroceder a la manera de un cangrejo y empiezan a ser más cortos los días...» (orig., 3,26). La asociación de Cáncer con el cangrejo es de origen babilónico, aunque en Egipto se representaba a veces con dos tortugas marinas. Según la mitología griega el cangrejo fue colocado en el cielo por Juno, agradecida porque había mordido en el pie a Hércules, a quien ella odiaba por ser hijo de Alcmena, amante de Júpiter.

En este grupo de constelaciones destacan las numerosas aventuras amorosas de la mitología jupiteriana. En concreto, nos hallamos ante un tipo de mitos que giran en torno a un tema común: la fecundación de una mujer por un dios que ha adoptado la forma de un animal. Esta transformación del rey de dioses dio lugar a la constelación de *Cygnus*, el Cisne que llevó sobre su dorso de plumas a la confiada Leda; de su unión con Júpiter, metaforseado en cisne, engendró un huevo del que salieron los Dióscuros y Helena¹⁵. En las tradiciones más antiguas el mito de Leda se confunde con el de Némesis, cuyo culto estuvo muy difundido entre los egipcios y de ellos pasó a Grecia. Esta diosa también fue perseguida por Júpiter en forma de cisne, habiéndose transformado ella misma en oca. La constelación del Cisne recibe también el nombre de Cruz del Norte. En las noches de verano se puede contemplar a *Cygnus* volando a través de la Vía Láctea con sus alas desplegadas, en la punta de las cuales se encuentran las estrellas *Delta* (δ) y *Epsilon* (ϵ) *Cygni*. Su cola está marcada por *Alpha* (α)

¹⁴ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,108; Verg., *Aen.*, 3,141; 10,273.

¹⁵ Hyg., *fab.*, 31,3,1; 77,1,1; 269,1,1; 273,11,1; 273,12,5; Manil., 1,338.

Cygni, cuyo nombre árabe Deneb significa cola. Asimismo, la constelación del Águila es producto de la transformación de Júpiter en este animal para raptar al joven Ganimedes, del que se dice que fue su amante¹⁶.

Cuando el año se está acercando a su final, la figura de *Taurus* bufa en el cielo nocturno del sur. Tauro se incluye también entre las constelaciones en honor a Júpiter, el cual, según la mitología, se transformó en toro para raptar a Europa¹⁷. En el cielo sólo está representada su mitad superior, lo cual se explicaría por el hecho de que Júpiter, en forma de toro, transportó a Europa sobre sus espaldas a través del océano, de modo que el resto de su cuerpo estaría inmerso en las aguas¹⁸. Otra posible explicación es que *Taurus* corresponda al Minotauro, el monstruo medio toro medio hombre al que dio muerte Teseo (Hyg., fab., 30,8,1; 40,5,2). Su morro está marcado por un cúmulo de estrellas en forma de V, conocido como *Híadas*, su ojo centelleante por Aldebarán, la estrella más brillante de toda la constelación, y sus largos cuernos acaban en *Zeta* (ζ) y *Beta* (β) *Tauri*. El mito de Europa recuerda un antiguo rito de fecundidad relacionado con el culto al dios-toro, tan conocido en Egipto bajo el nombre de Apis. El toro ha sido un prototipo de fuerza viril en numerosas mitologías y en pueblos, como los celtas o los galos, fue venerado como dios fecundador.

Una de las constelaciones más conocidas es la Osa Mayor. Sus siete estrellas más brillantes dibujan una de las configuraciones que con más facilidad se distinguen en el cielo, la llamada Gran Carro, que marca las patas y la cola. Las dos osas, *Vrsa Maior* y *Vrsa Minor*, se hallan juntas en el firmamento. Entre las estrellas de la Osa Menor destaca una situada al final de lo que podría considerarse la lanza del carro, *Alpha* (α) *Vrsae Minoris*, más conocida como la Estrella Polar, que tiene la particularidad de señalar siempre al Norte. Los mitos y leyendas que se refieren a este grupo de estrellas se remontan a los tiempos más antiguos. Según Isidoro (orig., 3,6) «La primera de las constelaciones es Arctos, que, fijo en el polo con sus siete estrellas, gira sobre sí mismo. Ese es su nombre griego, que en latín significa «Osa». Por girar a la manera de un carro, los latinos la llamaron Septentrion...» (Hyg., fab., 177,3,1). La leyenda cuenta que Calisto, hija de Licaón, rey de Arcadía, fue seducida por Júpiter y tuvieron un hijo llamado Arcas. Juno, enterada del asunto, se venga convirtiendo a Calisto en osa¹⁹. Cierta día, mientras Arcas se encontraba cazando estuvo a punto de

¹⁶ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,87; Manil., 1,344-346.

¹⁷ Cf. Ovid., *met.*, 2,850; *fast.*, 5.605. Isid., *orig.*, 3,24.

¹⁸ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 27,1; 34, 103; 34,290; 34,330.

¹⁹ Cf. Ov., *fast.*, 2,181. Hyg., *fab.*, 177,1,1.

matar a su madre; Júpiter para evitar esta desgracia los convirtió a ambos en estrellas²⁰. La Osa Menor se ha identificado con una de las nodrizas de Júpiter (Hyg., *fab.*, 224,3; *astr.*, 2,2 y 31,23) o también con el perro de Calisto, que habría sufrido la misma transformación que su dueña (Manil., 2,30 ss.). A la cola de la Osa Mayor se encuentra la constelación de Botes, el Boyero. Según Isidoro (orig., 3,8): «El nombre de Arctofilax se debe a que va siguiendo a Arctos. Es decir, es el «guardián de la Osa». Lo llamaron también Bootes (el Boyero), por ir unido al carro». También Manilio (1,315) nos aclara que su figura «se asemeja al que instiga según la costumbre a los bueyes uncidos». El Boyero no es otro que Arcas, el hijo de Calisto y Júpiter, aunque otra versión del mito lo identifica con Icaro, pastor al que Baco concedió los saberes del vino y convirtió luego en constelación junto a su perra —*canicula*— (Hyg., *fab.*, 130,5,3). La estrella más brillante de la constelación es Arcturus, nombre que en griego significa el guardián de la osa²¹. Para los antiguos esta estrella, que es mayor y mucho más brillante que el sol, tuvo una gran importancia, ya que su posición servía para establecer el cambio de estaciones. Actualmente la reaparición de Arcturo al comenzar la noche anuncia la llegada de la primavera.

Cercana a la constelación del Boyero se encuentra Virgo, la Virgen, que, junto con Ophiuncus, forma parte del grupo de constelaciones asociadas a una divinidad antropomórfica. Por lo general es representada como una doncella portadora de la espiga de trigo que simboliza la estrella blanca-azul Spica, la más luminosa de este conjunto²². A menudo se identifica esta doncella con Proserpina, hija de Deméter, la diosa de la fertilidad y las cosechas, o bien con Ceres²³. Según Hesíodo, Virgo, también llamada Astrea, era hija de Júpiter y Temis, diosa de la justicia. Cuando terminó la edad de oro y los hombres desafiaron su autoridad, regresó disgustada al firmamento. Virgo contiene una de las estrellas dobles más famosas, *Gamma (γ) Virginis*, también llamada Porrima, diosa romana de la profecía.

Los héroes también ocupan su lugar en el firmamento. En este tercer grupo de constelaciones asistimos a un proceso de mitificación de los prototipos históricos que se han modelado según un patrón ejemplar: todos tienen en

²⁰ Cf. Ov., *fast.*, 2,181. Prop., II 22A, 25. Hyg., *fab.*, 176,1,2.

²¹ Isidoro describe así esta gigante roja: «Arturo es una estrella que... aparece en la cola de la Osa Mayor. De ahí su nombre de Arturo... porque está situada en el corazón del Boyero...» (orig., 3,9); Manil., 1,316-319. Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 16,4; Hor., *carm.*, 3,1,27; Verg., *Aen.*, 1,744.

²² Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 16,6; 34,380. Hyg., *fab.*, 130,5,2.

²³ Isid., *orig.*, 3,28; Manil., 2,442.

común un nacimiento milagroso y al menos uno de sus padres es un dios (Eliade, 1989:47). Junto a Hércules tenemos a Orión, *Gemini* y Perseo. Sin duda alguna, Orión es la más hermosa de todas las constelaciones. Popularmente está personificada en un cazador, un gigante o un guerrero Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,435). En los mapas estelares se le representa mientras blande su bastón y su escudo contra el ataque de *Taurus*, la constelación vecina. En una de las versiones del mito, Orión, hijo de Poseidón, fue picado mortalmente por un escorpión debido a su jactancia. A petición de su amada Diana, fue colocado al oeste en el firmamento, mientras que el culpable de su muerte, el escorpión, se halla situado al este en la constelación de *Scorpius*²⁴. Se dice que por encargo de Juno el escorpión subió a la Tierra para atacar a Orión; también se cree que fue la causa de que se desbocaran los caballos del Sol cuando iban guiados por Faetón. En cuanto al origen de su nombre, Isidoro (*orig.*, 3,10) nos explica que «se llama Orión, derivándolo de «orina», esto es, de la inundación de las aguas, debido a que aparece en invierno...». Entre sus estrellas está *Alpha (α) Orionis*, conocida también como Betelgeuse, en la izquierda superior de la constelación. Esta supergigante roja indica el hombro derecho de la figura, aunque su designación arábiga significa la «Mano de Orión». En la parte inferior derecha se encuentra otra supergigante, *Beta (β) Orionis*, llamada también Rigel, una estrella azul-blanca que marca la pierna izquierda de Orión, como bien indica el origen arábigo de su nombre. Por otro lado, la Nebulosa de Orión, que a simple vista se asemeja a una mancha borrosa, forma la daga del guerrero colgando de su cinturón.

Las aventuras de otro gran héroe, Perseo, descendiente de Zeus, comenzaron cuando fue enviado a matar a la terrible Medusa, una de las tres Górgonas. Perseo sorprendió al monstruo mientras dormía y, mirándolo a través del reflejo de su escudo, logró cortarle la cabeza, con la que petrificó al temible cetáceo²⁵. En el hemisferio boreal su figura sostiene en lo alto la cabeza de Medusa, cuyo ojo corresponde a *Beta (β) Persei*, conocida por el nombre árabe Algol que significa demonio. Con su otra mano sujeta una espada, indicada por el Cúmulo Doble, un cúmulo gemelo de estrellas situado en el límite con Cassiopeia. Todos los personajes relacionados con esta leyenda (Andrómeda, sus padres, Cepheus y Cassiopeia, y su salvador, Teseo) están representados por constelaciones contiguas, incluso el monstruo marino se halla muy cerca en la constelación de *Cetus*.

²⁴ Manil., 1,388-395. En los signos zodiacales el escorpión pertenece a Marte (Manil., 2,444).

²⁵ Cf. De Apolodoro, *Biblioteca* II,4. Hyg., *fab.*, 64,3,3.

Una pareja unida para siempre en el Universo es la constelación de *Gemini*, que representa los gemelos de la mitología griega, Cástor y Pólux, a quienes deben su nombre las dos estrellas principales de la constelación. Ambas marcan las cabezas de los Dióscuros, que en los antiguos mapas estelares aparecen dándose la mano. En Egipto esta figura se conocía como «las dos estrellas», pero se representaban como dos cabritos. Según la leyenda, su madre fue la reina de Esparta, pero cada uno tuvo un padre distinto: Cástor era hijo del rey Tindaro, mientras que Pólux fue engendrado por Júpiter, quien sedujo a Leda bajo la apariencia de un hermoso cisne²⁶.

Un cuarto grupo de estrellas está representado por personajes humanos tales como *Cepheus* y *Cassiopeia*, Andrómeda, el Boyero o el Auriga. Esta última constelación de forma hexagonal reproduce a un hombre conduciendo un carruaje. Se ha identificado con Erictonio, un rey cojo de Atenas, que inventó el carruaje tirado por cuatro caballos (Manil., 1,362-364). Otra leyenda identifica el Auriga con Mirtilo, cochero del rey Enomao e hijo de Mercurio. Su principal estrella *Alpha* (α) *Aurigae*, conocida como *Capella*, que es la sexta estrella más brillante del firmamento, deriva de la palabra latina que significa cabra pequeña, ya que tradicionalmente el cochero se ha representado sosteniendo una cabra en sus espaldas (Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,255; 34,464). Las estrellas *Eta* (η) y *Zeta* (ζ) *Aurigae*, conocidas como los Retoños, descendientes de la cabra, se encuentran situadas en el hombro izquierdo del Auriga²⁷. También podríamos incluir en este grupo a La Caballera de Berenice (*Coma Berenices*) en tanto que representa una parte del cuerpo humano. Esta constelación reproduce la historia de una princesa egipcia que se corta el pelo y ofrece una trenza como ofrenda al templo para que su marido vuelva sano y salvo de la guerra. La trenza desapareció misteriosamente y las habladoras y el temor de la gente se acalló finalmente cuando un famoso astrónomo dijo que había subido al cielo.

La única pareja casada de todas las constelaciones es la formada por *Cepheus* y *Cassiopeia*, que en la mitología griega representa al rey y a la reina de Etiopía, padres de Andrómeda. Ambos se encuentran uno al lado del otro en la región polar septentrional del cielo. La forma de *Cepheus* recuerda una torre muy baja con un campanario. Su esposa se halla sentada en una silla que gira extrañamente alrededor del polo, apareciendo cabeza abajo durante parte de la

²⁶ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 22,1; 34,331; Hor., *carm.*, 3,29,64; Hyg., *fab.*, 14,12,1; Manil., 1,388. Cástor fue descubierta en 1803 por William Herschel.

²⁷ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,468; Verg., *Aen.*, 9,668.

noche, lo cual se ha interpretado como un signo de humildad o arrepentimiento ante las Nereidas, pues la leyenda cuenta que esta reina se vanaglorió en cierta ocasión de ser la más bella y Poseidón, irritado, envió un terrible monstruo como castigo para asolar las tierras de su esposo, quien se vio obligado a ofrecer su hija Andrómeda en sacrificio (Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 30,1). En el último momento, el héroe Perseo consiguió rescatarla y la convirtió en su esposa, pero este episodio forma parte de otra historia, una de las leyendas griegas más famosas, la historia de Perseo y Andrómeda. Además de ser la constelación más espectacular, Cassiopeia es muy fácil de reconocer en el cielo por la forma de W que representa la silla. Siguiendo el texto de Isidoro leemos: «Creyeron también que Perseo y su esposa Andrómeda, después de muertos, fueron recibidos en el cielo; hasta el punto de que delimitaron sus figuras con estrellas y no tuvieron reparo en atribuirles sus nombres» (orig., 3,33). Este mito, que es la versión original de San Jorge y el Dragón, cuenta cómo la bella Andrómeda, encadenada a una roca por su padre, el rey Cefeo, a punto de ser ofrecida en sacrificio al terrible monstruo que amenazaba con destruir su país, fue salvada por Perseo²⁸. El cuerpo de Andrómeda se puede trazar fácilmente a lo largo de la línea de estrellas indicada por *Alpha* (α), que marca su cabeza, *Beta* (β) su cintura y *Gamma* (γ) su pie izquierdo encadenado a la roca.

Un último tipo de constelaciones son aquéllas que imitan la figura de distintos objetos como, por ejemplo, la Corona Boreal, que brilla en recuerdo de Ariadna, a quien Venus y las Gracias regalaron una corona por su matrimonio con el dios Baco²⁹. La constelación de *Lyra*, la Lira, se identifica con la que fabricó el dios Mercurio, aún siendo niño, el cual la ofreció a Apolo para obtener su perdón por haber robado sus bueyes (Isid., orig., 3,36). Pero la leyenda más difundida es la que identifica la lira con el arpa del bardo griego Orfeo: se cuenta que Hermes construyó el arpa con un caparazón de tortuga y que se la entregó a su hermanastro Apolo. Éste, a su vez, se la entregó a Orfeo, de quien se decía que encantaba a los animales y a los árboles con su música. Esta habilidad de Orfeo le sirvió de gran ayuda cuando bajó al mundo de ultratumba en busca de su esposa muerta Eurídice. Hades, dios del mundo subterráneo, se conmovió tanto con las melodías de Orfeo que consintió que Eurídice retornara con los vivos, a condición de que Orfeo no la mirara hasta que estuvieran en el mundo exterior. Pero Orfeo en el último momento miró hacia atrás de reojo para ver si realmente su esposa lo seguía, con lo que la perdió para siempre. A partir

²⁸ Cf. Hor., *carm.*, 3,29,17. Hyg., *fab.*, 64,1,2; 64,3,3.

²⁹ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 13,1; Ov., *fast.*, 5,345. Manil., 1,319-324

de entonces, Orfeo vagó por el mundo cantando su dolor. Después de su muerte, el arpa fue colocada en el cielo para conmemorar el recuerdo de su arte (Manil., 1,325-330). Esta constelación también se ha identificado con un águila o un buitre, según muestran los antiguos mapas estelares y la etimología del nombre de alguna de sus estrellas, como, por ejemplo, *Alpha (α) Lirae*, más conocida como Vega, la quinta estrella más brillante del firmamento. El nombre de Vega en árabe significa el águila que se precipita.

Otro grupo de estrellas relacionado con el dios Apolo es la constelación *Sagitta*, la Flecha. Con ella se cree que Apolo mató a los Cíclopes para vengar la muerte de su hijo Esculapio³⁰, aunque según otra versión correspondería a la flecha con la que Hércules mató al águila que devoraba el hígado de Prometeo³¹.

Por último, la constelación del Triángulo, situada junto a Pegasus, debe su nombre al parecido con dicha figura, marcada por tres estrellas brillantes en sus extremos (Manil., 1,351-354). Su origen se explica por la forma de la letra delta, la primera del nombre de Zeus en genitivo (Isid., orig., 3); también se explica por la forma del delta del Nilo.

Únicamente dos constelaciones incumplen la regla general a la que aludíamos en un principio, las Pléyades y las Híades, cuyo nombre no se debe a su forma, sino a sus características. En la mitología griega las Híades y las Pléyades eran hermanas, hijas de Atlas, aunque la madre de las Híades era Aethra y la de las Pléyades, Pleione (Ovid., fast., 3,105; 5,83). Los griegos decían que las Híades cuidaron al dios Dioniso cuando era niño, por lo que fueron recompensadas con un sitio en el cielo. Su nombre significa «las lluviosas», ya que estaban asociadas al mal tiempo. El nombre de las Pléyades se debe, según San Isidoro, a «su pluralidad; pues «pluralidad» en griego se dice *pleiston*. Son siete estrellas que se encuentran ante las rodillas de Tauro: seis de ellas son visibles, mientras la séptima permanece oculta» (orig. 3,13). Otra explicación etimológica más razonable es la que relaciona Pléyades con «lluviosas», como lo demuestran los calificativos de *aquosus*, *nimbosus*, *pluuus*, *tristis*, etc., asociados indistintamente a Orión, a las Híades y a las Pléyades³². Este cúmulo de estrellas, situado en la constelación de Tauro, es el más relevante de cuantos son accesibles al ojo humano. La leyenda más difundida entre los autores clásicos cuenta que las Pléyades eran siete ninfas, hijas de Pleione y de Atlas, por lo que también reciben el nombre de *Atlántidas*, que,

³⁰ Hyg., *fab.*, 9,4,2; Manil., 1,342-343.

³¹ Cf. Cic., *Arat. phaen.*, 34,84. Hyg., *fab.*, 54,3,2; 144,2,4.

³² Cic., *de nat. deorum*, 2,111; Verg., *Aen.*, 1,535; 1,744; 3,516; 4,52; 7,719.

al ser perseguidas por Orión, son transformadas en estrellas por Júpiter o, según otros, por Diana (Ov., fast., 5,83). El hecho de que sólo seis sean visibles tiene también su explicación mitológica: si una Pléyade no se muestra, es por un sentimiento de dolor o de vergüenza ante el acoso del gigante, que aún parece perseguirlas en el cielo; de ahí también el calificativo de *minax, saeuus*, etc., que recibe Orión en los textos clásicos³³. Otra versión cuenta que la Pléyade que falta es Merope porque estaba avergonzada de haber sido la única de sus hermanas que se casó con un mortal, Sísifo, aunque también se dice que fue Electra la que escondió su cara para no ver las ruinas de Troya, ciudad que había sido fundada por su hijo Dárdano. La explicación más razonable desde el punto de vista científico es que Pleione, conocida también como BU *Tauri*, ha ido perdiendo su brillantez debido a la inestabilidad provocada por su rápido movimiento —es unas cien veces más rápida que el sol— y la expulsión masiva de gases, por lo que puede ser la Pléyade que falta. Las estrellas de las Pléyades llevan los nombres de las siete hermanas: Alcione, Asterope, Celaeno, Electra, Maia, Merope y Taigeta.

3. Conclusión

La idea global de este trabajo ha estado en el estudio de las constelaciones desde las palabras de Cicerón que nos sirvieron de referencia en tanto que es el primero en traducir la obra de Arato, hasta llegar a San Isidoro de Sevilla. Hemos mostrado un espacio temporal intermedio entre los dos autores henchido de las cuestiones astronómicas en las que Cicerón no abundó. De cualquier modo, no hay que olvidar que Cicerón nos garantiza la transmisión de la terminología que usaban los griegos. Por otra parte, las obras de Isidoro, *Origines* y *De natura rerum*, constituyen el final de la Antigüedad clásica y, al mismo tiempo, el comienzo del cientifismo medieval.

Finalmente, el interés por el relato mitológico nos ha conducido a profundizar en el vínculo que existe entre el mito y los distintos apelativos que recibe cada una de las constelaciones objeto de estudio. De ese modo, hemos recurrido al análisis etimológico de los nombres y hemos confirmado la idea inicial que asienta dicha relación.

³³ Cf. Verg., *Aen.*, 1,535; 4,52; 7,719; Hor., *carm.*, 1,28,21; 3,27,17; *epod.*, 10,10.

4. Referencias bibliográficas

- DE MEO, C. (1986²) *Lingue tecniche del latino* (Cap. V «La lingua dell'astronomia e astrologia»).
- LE BOEUFFLE, A. (1977) *Les noms latins d'astres et de constellations*, París.
- LE BOEUFFLE, A. (1987) *Astronomie-Astrologie. Lexique latin*, París.
- BURNETT, C. (1996) «Astrology», en F.A.C. Mantello, *Medieval Latin*, Washington, 309-382.
- CRAMER, F.H. (1954) *Astrology in Roman law and politics*, Filadelfia.
- CUMONT, F. (1989) *Astrología y Religión en el mundo grecorromano*, Barcelona.
- ELIADE, M. (1989) *El mito del eterno retorno*, Madrid.
- FONTAINE, J. (1953) «Isidore de Séville et l'astrologie», *Revue des Études Latines* 31, 271-300.
- FONTAINE, J. (1979) «La situation de la rhétorique dans la culture latine tardive: observations sur la théorie isidorienne de l'etymologie», *Colloque sur la rhétorique*, París 197-205.
- GRANT, E. (1996) «Astronomy, cosmology and cosmography», en F.A.C. Mantello, *Medieval Latin*, Washington, 363-378.
- HARRY, A. (1964) «Cicéron et l'astronomie (A propos de Rep. I,22)», *Revue des Études Latines* 42, 198-212.
- HÜBNER, W. (1983) «L'astrologie dans l'Antiquité», *Palas* 30, 12-15.
- HÜBNER, W. (1984) «Manilius als Astrologe und Dichter», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 32, 1, 126-320.
- ISIDORO DE SEVILLA (1982) *Etimologías*, I-II, Madrid, BAC.
- MAGALLÓN GARCÍA, I. (1996) *La tradición gramatical de «differentia» y «etymologia» hasta Isidoro de Sevilla*, Zaragoza.
- MANILIO (1996) *Astrología*, Madrid.